

lidad digna de notarse de que dicha casa fué cabalmente la del cónsul de Inglaterra.

Fondeó la escuadra entera hacia mediodía en la isla de Hueen en medio del golfo.

Este golfo, como dejamos dicho, baja de Norte á Sur por espacio de unas veinte leguas; se ensancha ó estrecha desde tres leguas hasta doce, y no ofrece más que algunos canalizos navegables. A unas veinte leguas al Sur se descubre á Copenhague situada al Oeste del golfo, sobre la costa de Dinamarca, alzándose apenas sobre las aguas y formando un plano levemente inclinado que barre la mar con sus fuegos. El golfo es muy ancho por esta parte, y le divide la isla baja de Salthom en dos canales navegables, llamado uno el canalizo de *Malmo*, que sigue á lo largo de la costa de Suecia, siendo poco accesible á los buques de grueso porte, y otro llamado el *Drogden*, que corre por la costa de Dinamarca, y es por lo común preferido por los navegantes. Este último está dividido por un banco de arena llamado el *Middel-Grund* en dos canalizos, uno con el nombre de *Paso Real* que rodea la ciudad de Copenhague, y el otro que lleva el nombre de *Paso de los Holandeses*, situado al otro lado del *Middel-Grund*. En el *Paso Real* fué donde se establecieron los daneses, dejando á los ingleses abierto el otro, y atendiendo así más á la defensa de Copenhague que á impedir al enemigo la entrada del Báltico. Pero era seguro que ni Parker ni Nelson se engolfarían en el Báltico sin arruinar antes las fortificaciones de Copenhague y destruir las fuerzas marítimas que los neutrales pudiesen allí reunir.

Los medios de defensa de los daneses consistían en baterías fijas situadas á derecha é izquierda del puerto en una línea de baterías flotantes ó navíos rebajados anclados en medio del *Paso Real* y á lo largo de Copenhague, de modo que libertase á la plaza del fuego del enemigo. Empezando por el Norte de la posición se encontraba una fortificación, llamada de las *Tres Coronas*, construida de mampostería, casi enteramente cerrada por la gola que flanqueaba la entrada del puerto, y juntaba sus fuegos con los de la ciudadela de Copenhague. Estaba defendida por setenta piezas de grueso calibre. Cuatro navíos de línea, dos anclados y dos á la vela con una fragata también á la vela, interceptaban el canal que conduce al puerto. Bajando hacia el Sur desde este fuerte de las *Tres Coronas*, obstruían el centro del *Paso Real* veinte cascos de embarcaciones grandes cargados de cañones y fuertemente amarrados, que se unían con las baterías de tierra situadas en la isla de Amack. De este modo la línea de defensa de los daneses se apoyaba á la izquierda en el fuerte de las *Tres Coronas*, y por la derecha en la isla de Amack ocupando en toda su longitud é interceptándole enteramente el centro del *Paso Real*. El baluarte de las *Tres Coronas* no se podía forzar por defenderle setenta bocas de fuego y cinco embarcaciones, tres de ellas á la vela. Por el contrario, la línea de buques amarrados era harto dilatada, no estaba bastante estrechada, se hallaba privada del recurso de las maniobras, y con la mira de obstruir el centro del paso se había adelantado mucho hacia el punto de apoyo de la derecha, es decir, hacia las baterías fijas de la isla de Amack, la cual no es más que una prolongación de la costa en que se asienta Copenhague. Podía, pues, atacarse por la derecha la línea de buques amarrados,

al paso que si se hubiera compuesto de una división á la vela ó si se hubiese estrechado y apoyado más fuertemente en la orilla, los ingleses no hubieran salido sanos y salvos de aquel ataque. Pero como los dinamarqueses apreciaban en mucho su escuadra de guerra porque carecían de recursos suficientes para reemplazarla con otra, caso de quedar destruida, no habiendo por otra parte recibido aún todos los marineros de la Noruega para tripularla, la encerraron en el interior del puerto, creyendo que bastaban los navíos inútiles para servir de baterías flotantes contra los ingleses. Sus más valientes marineros, mandados por oficiales intrépidos, estaban destinados al servicio de la artillería de aquel cordón de buques viejos.

Los ingleses, llegando á Copenhague mucho antes de que se reuniesen delante de aquella ciudad todas las escuadras neutrales, podían pasar al Este del *Middel-Grund*, dejar á un lado á los daneses anclados en el *Paso Real*, y pasar al Báltico por el *Paso de los Holandeses*. Habrían hecho esta travesía fuera siempre del alcance de los fuegos de Copenhague, pero dejaban á la espalda una fuerza imponente capaz de cortarles la retirada en caso de que por un contratiempo cualquiera volviesen debilitados ó faltos de recursos al paso del Sund. Era mucho mejor aprovechar el aislamiento de los daneses, darles un golpe decisivo, separarles de la confederación, y apoderándose por este medio de las llaves del Báltico, dirigirse rápidamente contra los suecos y los rusos. Este plan era á un mismo tiempo atrevido y prudente, y en él convinieron Parker y Nelson, rara vez conformes.

Pasáronse los días 31 de marzo y 1.º de abril en examinar la línea de los daneses, en sondear los pasos y en convenirse en un plan de ataque. Hicieron por sí mismos el reconocimiento por entre los hielos, y exponiéndose á veces á los tiros del enemigo, Nelson, Parker, los más antiguos capitanes de la escuadra y el comandante de la artillería. Sostuvo Nelson que se encargaba de atacar con diez navíos la línea de los daneses y apoderarse de su derecha. Proponíase pasar el *Middel-Grund* por el *Paso de los Holandeses*, doblarle en seguida, subir por el *Paso Real*, é ir á situarse navío frente á navío á cien toesas de la línea enemiga. Quería además que una división de la escuadra dirigida por un oficial valiente, cual era el capitán Riou, atacase la batería fija de las *Tres Coronas*, y después de apagar sus fuegos, desembarcase mil hombres para tomarla por asalto. El comandante en jefe Parker debía permanecer al frente de la reserva sin empeñarse en aquella atrevida maniobra; convínose en que quedaría á retaguardia para bombardear la ciudadela y recoger los buques maltratados.

Esta maniobra, tan temeraria como la de Aboukir, no podía salir bien sino favoreciéndola la fortuna y dirigida con habilidad. El almirante Parker la aprobó con la condición de no empeñarse temerariamente en la empresa, si se veía que presentaba demasiadas dificultades, y dió á Nelson doce navíos en vez de los diez que éste le había pedido. Bajó Nelson al *Paso de los Holandeses* el 1.º de abril por la tarde y fué á fondear mucho más abajo de Copenhague á un punto de la isla de Amack, conocido con el nombre de Drago. Para entrar en el *Paso Real* y subir por él necesitaba un viento muy di-

verso del que llevó bajando el *Paso de los Holandeses*, y casualmente á la mañana siguiente sopló el viento en una dirección contraria á la del día anterior, de modo que pudo subir el *Paso Real* y maniobrar entre la línea de los dinamarqueses y el varadero de *Middel-Grund*. Se habían sondeado con anticipación todos los canalizos, pero á pesar de esta precaución encallaron tres navíos en el *Middel-Grund*, y Nelson se quedó con nueve solamente en línea; pero lejos de desanimarse fué á anclar muy cerca de la línea de los daneses, á una distancia que no podía menos de hacer terribles los efectos de la artillería. Mucha falta le hicieron los tres navíos encallados, sobre todo para el ataque de la batería de las *Tres Coronas*, que sólo pudo emprender con fragatas. A las diez de la mañana estaba en posición toda la escuadra inglesa, recibiendo y haciendo al mismo tiempo un fuego espantoso.

Una división de bombardas, que necesitaba poco fondo, se situó en el varadero de *Middel-Grund*, disparando contra Copenhague bombas que pasaban por encima de las dos escuadras. Tenían los daneses ochocientas piezas en batería, y causaban á los ingleses un destrozo considerable; los oficiales que mandaban los barcos rebajados acreditaron una intrepidez extraordinaria y fueron auxiliados con el más notable arrojo por sus artilleros. El comandante del *Provesten* particularmente, que ocupaba la extremidad de la línea al Sur, se condujo con valor heroico. Nelson, conociendo cuán necesario era ante todo privar á la línea danesa del apoyo que le prestaban las baterías de la isla de Amack, dirigió cuatro buques contra el *Provesten* solo. Lassen, que era su comandante, se defendió hasta que perecieron quinientos artilleros de los seiscientos que tenía; arrojóse después á nado con los ciento que le quedaban, abandonando su navío entregado á las llamas, y se salvó de aquel modo con la gloria de no haber tenido que arriar su bandera. Nelson dirigió en seguida todos sus esfuerzos contra los otros buques rebajados y consiguió apoderarse de muchos de ellos. Entretanto el capitán Riou sufría gran descalabro hacia el otro extremo de la línea, pues por causa de los tres navíos que habían encallado en el *Middel-Grund*, sólo podía oponer fragatas á las baterías de las *Tres Coronas*, y recibía un fuego espantoso sin esperanza de poder apagarlo y mucho menos de dar el asalto. Viendo Parker la resistencia de los daneses, y temiendo que los navíos ingleses burlasen sus miras por el mal estado en que se hallaban sus aparejos, y sobre todo viendo el peligro que corría el capitán Riou, mandó cesar el combate. Al advertir Nelson la señal en el árbol grande del navío de Parker, no pudo contener una noble explosión de cólera. Era ciego de un ojo, y haciendo como si mirase con él por el antejo, dijo con la mayor frialdad: «Yo no veo la señal de Parker,» y mandó que continuase el combate á vida ó muerte. Imprudencia laudable fué ésta, coronada, como suele acontecer á los ánimos audaces, con un completo triunfo.

Como los buques rebajados de los dinamarqueses no podían moverse para buscar amparo bajo las baterías de tierra, se veían expuestos á un fuego destructor. El *Danabrog* acababa de volar con horrible estruendo; varios otros estaban destrozados é iban abatiendo después de haber perdido multitud de gente; pero los ingleses por su parte no estaban más aventajados, y además corrían

el menor peligro. Nelson trató de apoderarse de los barcos dinamarqueses que habían arriado bandera, y al acercarse á las baterías de la isla de Amack fué recibido con mortíferas descargas. En aquel mismo instante dos ó tres de sus navíos estaban casi reducidos á la imposibilidad de maniobrar, y por el lado de las *Tres Coronas* el capitán Riou, precisado á alejarse, quedó partido por medio de un balazo. Nelson, aunque ya casi vencido, no decayó de ánimo y se le ocurrió la idea de despachar un parlamento al príncipe de Dinamarca, que desde una de las baterías presenciaba aquella horrorosa escena. Mandóle á decir que si no paraba el fuego que le impedía apoderarse de su presa, la cual le pertenecía de derecho, supuesto que había arriado bandera, se vería obligado á volar con sus tripulaciones los buques que la componían; que los ingleses y los dinamarqueses eran hermanos, y que harto habían peleado para tirar ahora á destruirse.

Movido el príncipe por tan horrendo espectáculo y temiendo la ruina de la ciudad de Copenhague, privada ya de la defensa de las baterías flotantes, mandó suspender el fuego. Yerro fué este; porque si hubiera durado algunos instantes más, la escuadra de Nelson, puesta casi fuera de combate, hubiera tenido que retirarse menos destruída. Entablóse una especie de negociación de que se aprovechó Nelson para dejar su línea de fondeadero, y mientras se retiraba, tres de sus navíos que no podían ya maniobrar por las averías que habían sufrido, encallaron en el *Middel-Grund*. Si entonces hubiese continuado el fuego, aquellos tres navíos hubieran irremisiblemente perecido.

Al día siguiente, Nelson y Parker consiguieron con grandes esfuerzos desencallar los buques varados y entablaron una negociación con los dinamarqueses con objeto de estipular una suspensión de armas. Necesitaban tanto como éstos, porque habían perdido mil doscientos hombres entre muertos y heridos y tenían seis navíos completamente mutilados. La pérdida de los dinamarqueses no fué mucho mayor, pero habían confiado excesivamente en la línea de baterías flotantes, y ahora que dichas baterías estaban destruídas, la parte baja de la ciudad, que es la que baña el mar, estaba expuesta al bombardeo. Temían especialmente por la dársena que contenía sus buques de guerra, los cuales estaban á medio tripular inmóviles y apretados unos contra otros, de suerte que podían arder todos de una vez. Causábales en efecto aquello una cruel angustia, porque de su escuadra dependía en cierto modo su existencia marítima, y una vez perdida, no tenían medios de reemplazarla. En tales circunstancias, irritados por la pesadumbre y el peligro, quejábanse de sus aliados, sin hacerse cargo de las dificultades que les habían impedido correr bajo los muros de Copenhague. Vientos contrarios, hielos y falta de tiempo habían detenido á los suecos y rusos sin la menor culpa suya; verdad es que si se hubieran reunido con sus veinte navíos á la escuadra dinamarquesa en la rada donde se dió el combate, Nelson hubiera visto frustrada su atrevida empresa, y los derechos de la neutralidad marítima hubieran triunfado aquel día. Pero faltóles el tiempo á todos, y la celeridad de los ingleses hizo cambiar la suerte de aquella guerra.

Parker, que había temido el temerario arrojo de Nelson en el combate del día 2, juzgaba ahora muy acerta-

damente de la posición de los daneses é intentaba sacar todo el fruto posible de la batalla ganada. Quería que los daneses se apartasen de la confederación de los neutrales, que abriesen su puerto á los ingleses y admitiesen además una división suya so pretexto de ponerlos á cubierto del resentimiento de sus aliados. Nelson tuvo el valor de saltar á tierra el 3 de abril para presentar dichas proposiciones al príncipe real; pasó á Copenhague en una lancha, oyó las murmuraciones de aquel valiente vecindario indignado de verle, y halló al príncipe real inflexible. Éste, más alarmado de lo que era justo el día antes por el peligro de Copenhague, no quiso consentir en manera alguna en la vergonzosa defeción que se le proponía, y respondió con noble indignación que antes se sepultaría entre las cenizas de su capital, que hacer traición á la causa común. Nelson volvió á bordo del navío almirante sin obtener cosa alguna.

Entretanto los dinamarqueses, viéndose amagados por el riesgo de otra batalla, emprendieron con nuevo ardor sus trabajos de defensa añadiendo nuevas fortificaciones á las ya existentes. Hicieron aún más formidable la batería de las *Tres Coronas*, cubrieron de cañones la isla de Amack y la parte baja de la ciudad, trasladaron los navíos, objeto de todos sus cuidados, á las dársenas más apartadas de la mar, los cubrieron con estiércol y blindajes para preservarlos del fuego, y se tranquilizaron por fin, advirtiendo la incertidumbre de los ingleses que no se daban gran prisa en renovar el terrible combate. Toda la población en estado de servir estaba reunida, parte sobre las armas y parte ocupada en disponer los medios de apagar el incendio.

Por último, al cabo de cinco días de espera volvió Nelson á Copenhague á pesar de la actitud amenazadora del pueblo danés. Hubo discusiones acaloradas y tomó á su cargo hacer varias concesiones, para las cuales no le había autorizado el almirante Parker. Se convino en un armisticio que era solamente un verdadero *statu quo*. Los dinamarqueses no se separaban de la confederación, pero todas las hostilidades entre ellos y los ingleses quedaban suspendidas por espacio de catorce semanas, pasado el cual volverían al mismo estado en que se hallaban el día en que se firmaba la tregua. Esta sólo comprendía á las islas dinamarquesas y á la Jutlandia, pero no al Holstein, de modo que las hostilidades podían continuar en el Elba, y desde luego quedaban los ingleses excluidos de este río. Éstos tampoco podían aproximarse más que á distancia de un tiro de cañón á los puertos y navíos daneses, exceptuando el *Paso Real*, que podían atravesar libremente para dirigirse al Báltico. Estábales prohibido por lo tanto tocar en cualquier punto del territorio dinamarqués á no ser para tomar víveres y refuerzos.

Eso fué cuanto pudo conseguir Nelson, y se debe confesar que no le autorizaba á pedir más su victoria. Pero mientras él se alejaba de Copenhague, cundió por la ciudad una sinistra nueva, y el príncipe real, que sólo por ella se había decidido á tratar, consiguió que no llegase á su conocimiento. Asegurábase en efecto que Pablo I había muerto repentinamente; semejante noticia hubiera aumentado sin duda las exigencias de Nelson, pero la tregua fué al punto ratificada por el almirante Parker. El príncipe danés mandó aviso al momento á los suecos de que no se expusieran inútilmente

á los ataques de los ingleses, contra quienes no hubieran podido hacer resistencia; y era la advertencia asaz oportuna porque Gustavo Adolfo conseguía por fin, después de grandes esfuerzos, poner una escuadra en estado de combatir. Llevado de su ardoroso celo había destituido á un contraalmirante y formado causa á un almirante para castigarlos por una lentitud en que ciertamente no tenían culpa ninguna.

Todo aquello era inútil. Pablo I había expirado en efecto en San Petersburgo la noche del 23 al 24 de marzo, y aquel acontecimiento ponía término con mucha más seguridad que la incompleta victoria de Nelson á la confederación marítima de las potencias del Norte. Pablo I había sido el autor de ella, y había puesto en llevarla á cabo el ardoroso empeño con que lo hacía todo; y seguramente hubiera hecho alarde de los más inauditos esfuerzos para reparar el descalabro, harto repartido entre ambas partes, de la batalla de Copenhague. Había enviado por tierra fuerzas á Dinamarca, todas las escuadras neutrales al estrecho del Sund, y probablemente hubiera hecho expiar á los ingleses su cruel proyecto contra la capital de Dinamarca. Pero aquel príncipe había apurado el sufrimiento de sus vasallos, y acababa de expirar víctima de una trágica revolución palaciega.

Pablo I era hombre de ingenio agudo y no mal inclinado, pero sí extremado en sus inclinaciones, y como todos los de su carácter, capaz de buenas ó malas acciones, según los ímpetus desordenados de un corazón violento y débil. Si semejante organización suele ser funesta en un individuo cualquiera, lo es mucho más en un príncipe, y más todavía en un príncipe absoluto. En éstos degenera en demencia, y á veces en demencia sanguínea. Así era que todo el mundo empezaba á vivir temeroso en San Petersburgo, y ni los favoritos más atendidos de Pablo estaban enteramente seguros de que no terminasen su prianza con el destierro á la Siberia.

Este príncipe, sensible y caballeroso, había mostrado en un principio tanta simpatía á las víctimas de la revolución francesa, cuanto aborrecimiento y odio implacable á la misma revolución; así que mientras la diestra Catalina se había contentado durante su reinado con suscitar contra la Francia la Europa entera, sin sacrificar un solo soldado, Pablo, por su parte, así que subió al trono, había mandado á Italia á Suwarow al frente de cien mil rusos. En el calor de su entusiasmo llegó hasta á prohibir en su imperio todos los objetos procedentes de Francia sin exceptuar libros, modas y costumbres. No se necesitaba más para enajenarse el ánimo de la nobleza rusa, la cual, como toda la aristocracia europea, se manifestaba inclinada á hablar mal de la Francia, con tal de que se le permitiera disfrutar de los productos de su ingenio, de sus usos y de su esmerada civilización; por lo cual le pareció insufrible que se llevara el celo contrarrevolucionario á semejante exceso.

Pero vióse de repente á Pablo pasar en breve á extremo opuesto, cobrar aversión á sus aliados, intimar con sus enemigos, llenar sus habitaciones de retratos del general Bonaparte, brindar á su salud públicamente, y para que resaltase más el contraste, declarar la guerra á la Gran Bretaña. Entonces la nobleza rusa le miró, no ya como molesto, sino como aborrecible, puesto que perjudicaba más que á sus gustos á sus intereses.

El continente septentrional de la Europa en su dilatada extensión, fértil en cereales, en maderas, en cáñamos y en minerales, necesita de ricos comerciantes extranjeros que apetezcan estas mercaderías naturales y den en cambio dinero ú objetos elaborados. Los ingleses son los que suministran á Rusia en cambio de los productos en bruto de su suelo los objetos y productos de su arte y de su industria, y los que proporcionan de este modo á los arrendadores rusos los medios de pagar á sus señores los arriendos de sus tierras. Por esta razón predomina el comercio inglés en San Petersburgo, y este es el vínculo que tiene en gran parte á la política rusa enlazada con la de Inglaterra, y que tiene suspensa una rivalidad que tarde ó temprano ha de estallar entre estas dos grandes competidoras del dominio del Asia.

Se exasperó, pues, la aristocracia rusa con la nueva política de Pablo, y si mucho había desaprobado el exceso de rencor con que este príncipe miraba á la Francia, mucho más desaprobó aún su excesivo y extraño afecto, causa de determinaciones funestas á los intereses de los grandes propietarios. A esta lucha de inclinaciones y conveniencias agregaba Pablo crueldades que no eran hijas de su corazón, más bien benigno que cruel. Había desterrado á la Siberia á infinitos desgraciados; compadecido de sus padecimientos, se resolvió á indultarlos, pero no les devolvió sus bienes. Aquellos infelices andaban por San Petersburgo excitando la pública compasión con su miseria y sus clamores, é incomodado de semejante espectáculo, los volvió á desterrar de nuevo. Más desconfiado cada día cuanto más bulto iba tomando á sus ojos el rencor de sus vasallos, amenazó á todos con la muerte; formó siniestros proyectos, ya contra sus ministros, ya contra su mujer y sus propios hijos; y aquel príncipe, que sólo era demente, revestía todas las apariencias de tirano. Convirtió el palacio Miguel, que era su habitual residencia, en una fortaleza con fosos y bastiones; cualquiera hubiese dicho que proyectaba salvarse en él de un atentado imprevisto. Por la noche atrancaba la puerta que dividía su habitación de la de la emperatriz, y de esta suerte iba disponiendo sin saberlo las causas de su sangriento fin.

Semejante estado no podía ser duradero, y debía terminar como había terminado ya otras veces en aquel imperio, que ha caminado á pasos tan agigantados hacia la civilización, pero partiendo de la más completa barbarie. Todos estaban poseídos de la idea de deshacerse del desdichado Pablo por los medios comunes, es decir, por medio de una insurrección palaciega en un país donde no hay más nación que el palacio. ¡Admírense los efectos de las instituciones! Al otro extremo de Europa ocupaba también uno de los primeros tronos del mundo un príncipe demente y obstinado, pero piadoso y bueno, cual era Jorge III. Este príncipe, privado á menudo de su razón durante meses enteros, acababa de perderla de nuevo en una de las circunstancias más críticas para la Inglaterra, y no obstante nada había ocurrido en aquella nación fuera de lo regular y de lo justo. La Constitución, que colocaba al lado del soberano ministros que gobernasen por él, hacía que aquel eclipse del entendimiento regio no perjudicase en lo más mínimo á los negociadores del Estado. Pitt acababa de gobernar por Jorge III, como había

gobernado hacía diez y siete años, y á nadie le ocurrió la idea de cometer un crimen. En San Petersburgo, por el contrario, el espectáculo de un príncipe demente ocupando el trono daba margen á los proyectos más siniestros.

Vivía á la sazón en la corte de Rusia uno de aquellos hombres temibles á quien ningún obstáculo arredra, que en un gobierno regular quizá llegarían á ser ilustres ciudadanos, pero que se convierten en criminales en un gobierno despótico, siempre que ocurre la ocasión de que sea el crimen uno de los medios, si no aprobados, al menos practicados por el gobierno. Repruébese en buen hora el crimen, pero repruébense también las instituciones que lo producen.

El conde Pahlen se había distinguido sirviendo en el ejército ruso. Era de aspecto imponente, y unía con las maneras obscenas y á veces familiares de soldado, un talento perspicaz y profundo. Estaba además dotado de una audacia singular y de una serenidad imperturbable. Como gobernador de San Petersburgo encargado de la policía del imperio, é iniciado, merced á la confianza que en él depositaba su señor, en todos los negocios importantes del Estado, era de hecho, aun más que por su título, el principal personaje del gobierno ruso. Tenía ideas propias y fuertemente arraigadas sobre la política de su país, y la cruzada contra la revolución francesa le había parecido tan poco razonable como intempestivo le parecía el nuevo celo contra la Inglaterra. Juzgaba que la única política provechosa á la Rusia era observar una prudente reserva, y una neutralidad hábil en medio de la formidable rivalidad de la Francia y de la Inglaterra. Siendo su política ni inglesa, ni francesa, sino puramente rusa, era también ruso en sus costumbres, y tal como se comprendía esta palabra en los tiempos de Pedro el Grande. Convencido de que todo iba á perecer si no se ponía breve término al reinado de Pablo, é inquieto además sobre la propia seguridad de su persona, desde que había notado en el emperador ciertas señales de descontento, se resolvió á llevar á cabo su idea, y se puso de acuerdo con el conde Panin, vicecanciller y encargado de los negocios extranjeros. Ambos juzgaron que convenía dar fin á una situación ya alarmante, así para el imperio como para los individuos, y el conde Pahlen se comprometió á cumplir la terrible resolución que mancomunadamente acababan de tomar (1).

(1) Los pormenores que siguen sobre la muerte de Pablo I son de la mayor autenticidad. He aquí la fuente de donde los hemos tomado. La muerte de Pablo I conmovió profundamente á la corte de Prusia; indignóse ésta al ver el cinismo con que algunos cómplices se jactaban de aquel crimen en Berlín. Llegó á saber por diversos conductos, y sobre todo por una persona muy bien informada, particularidades del hecho sumamente curiosas que se mandaron reunidas en una Memoria al primer cónsul. Estos son los pormenores que Mr. Bignon, secretario de embajada á la sazón cerca de la corte de Prusia, pudo saber, y los mismos que ha referido en su obra. Pero aún se ignoraban los detalles más secretos, cuando una circunstancia singular hizo dueña á la Francia de la única relación quizá digna de fe que existe sobre la muerte de Pablo I. Un emigrado francés que había pasado su vida al servicio de Rusia y que había logrado cierta reputación militar, se hizo amigo del conde Pahlen y del general Benningsen; y hallándose en cierta ocasión en una hacienda del primero, le oyó referir circunstancialmente todo el suceso de la trágica noche del 23 de marzo. Tenía dicho emigrado la costumbre de apuntar cuantas cosas dignas de memoria veía ó oía, y al punto reprodujo literal-

Era heredero del trono el gran duque Alejandro, cuyo reinado hemos visto pasar en nuestros días, príncipe joven que anunciaba las más felices disposiciones, y que parecía á la sazón lo que no fué después, fácil de conducir. A éste era á quien el conde Pahlen quería dar el imperio por medio de una catástrofe pronta y que no produjese conmociones. Parecía indispensable ponerse de acuerdo con el gran duque heredero para obtener primeramente su apoyo, y además para no ser perseguido, verificado el suceso, como un asesino vulgar sacrificado después de aprovecharse de su fruto. Era difícil confiarse á un príncipe dotado de sentimientos nobles é incapaz de prestarse á un atentado contra la vida de su padre. Pero el conde Pahlen, sin declararse á él, sin insinuar proyecto ninguno, conferenciaba con el gran duque sobre los negocios del Estado, y le comunicaba todas las extravagancias de Pablo perjudiciales al imperio, callando en seguida, sin deducir la menor consecuencia de lo que refería. Alejandro escuchaba aquellas relaciones bajando los ojos con pesadumbre y callando también. Renováronse muchas veces estas escenas mudas, pero elocuentes, hasta que al fin fué preciso expresarse más abiertamente. El conde Pahlen concluyó por dar á entender al príncipe que semejante estado de cosas no podía prolongarse sin ocasionar la ruina del imperio, y absteniéndose maliciosamente de hablar de un crimen, cuya proposición no hubiera sufrido Alejandro, le dijo que era menester destituir á Pablo, y señalarle un retiro cómodo y tranquilo, siendo indispensable quitar á toda costa las riendas del Estado á aquellas manos que iban á conducirlo al precipicio.

Derramó Alejandro copiosas lágrimas, protestó contra la idea de disputar el imperio á su padre, y después fué poco á poco cediendo en vista de las repetidas pruebas del peligro á que exponía Pablo los asuntos del Estado y á la misma familia imperial. En efecto, disgustado el zar de la lentitud con que obraba la Prusia en la contienda de los neutrales, decía que iba á enviar ochenta mil hombres contra Berlín, y al mismo tiempo quería en su delirante orgullo que el primer cónsul le hiciese árbitro en todo, y que un personaje tan poderoso no ajustase paces con Alemania ni con las cortes del Piamonte, Roma, Nápoles y la Puerta, sino al tenor de las bases que fijara la Rusia; de suerte que era de temer en breve que rompiera ésta con la misma Francia, cuya política había abrazado con tanto entusiasmo. A estas razones añadió el conde Pahlen algunos temores por la seguridad de la familia imperial, de la cual se decía que empezaba á desconfiar el emperador.

Consintió por fin Alejandro, pero exigiendo juramento solemne de que no se atentaría á la vida de su padre. El conde juró todo cuanto quiso aquel hijo inexperto, que creía ser posible arrancar el cetro á un emperador sin privarle de la vida.

mente el diálogo de los dos principales actores del atentado, incluyéndolo después en las preciosas *Memorias* que dejó á su muerte. Dichas *Memorias* manuscritas son hoy de la propiedad exclusiva de Francia: en ellas se rectifican muchos asertos antes vagos é inexactos; y en cuanto á los nombres que menciona, no quedan por esto más comprometidos que lo estaban ya. — De estas noticias, comparadas con las recogidas por la corte de Prusia, hemos sacado nuestra narración. (N. del A.)

Faltaba hallar personas que ejecutasen el plan, porque el conde Pahlen, que lo había concebido, creía rebajarse demasiado empleando en él su brazo. Hizo la elección en su mente, proponiéndose no indicarles el papel que les destinaba sino á medida que fueran inspirándole confianza cada cual de por sí. Destinó para principales instrumentos de la catástrofe á los Soubow, que debían su fortuna á los favores de Catalina; éstos sólo fueron advertidos en el último momento. Platón Soubow, privado de Catalina, hombre flexible y revoltoso, era digno de figurar en una conspiración palaciega. Su hermano Nicolás, notable únicamente por su fuerza atlética, era muy á propósito para desempeñar en ella cualquier otro oficio subalterno. Valeriano Soubow, militar honrado y valiente, amigo del gran duque Alejandro, mereció ser excluido de la conjuración. Tenían éstos una hermana relacionada con toda la facción inglesa, amiga de lord Withworth, embajador de Inglaterra, que les infundía todas las pasiones de política inglesa. Otros muchos cómplices buscó el conde Pahlen, y los atrajo á San Petersburgo con varios pretextos, pero sin revelarles cosa alguna; había uno principalmente á quien también había hecho llamar, y de cuya cooperación, así como de su tremendo arrojó, no tenía la menor duda, que era el célebre general Benningsen, hanoveriano agregado al servicio de Rusia, el primer oficial del ejército ruso á la sazón, que después en 1807 tuvo la gloria de atajar en Polonia la marcha triunfante de Napoleón, y cuyas manos, dignas de empuñar la espada, no hubieran debido jamás esgrimir el puñal.

Benningsen vivía refugiado en el campo, temiendo los efectos de la cólera de Pablo, en cuyo desagrado había incurrido. El conde Pahlen le hizo salir de su retiro, le inició en la conjuración, y si se ha de creer al mismo general Benningsen, no le habló más que del proyecto de destronar al emperador. Benningsen comprometió su palabra, y la mantuvo con tremenda firmeza.

Habíase resuelto escoger para que estallase la conspiración un día en que cubriese la guardia del palacio Miguel el regimiento de Semenourki, enteramente consagrado al gran duque Alejandro, y por lo tanto fué preciso esperar. Pero el tiempo urgía, porque Pablo, cuya enfermedad hacía rápidos progresos, iba comprometiendo cada día más los intereses del imperio y la seguridad de sus vasallos. Un día asió del brazo al imperturbable Pahlen y le dirigió estas singulares palabras: «¿Estabas tú en San Petersburgo en 1762?» (era aquél el año en que el emperador, padre de Pablo, había sido asesinado para poner en su trono á Catalina la Grande). — Sí, le respondió el conde Pahlen con la mayor sangre fría, allí estaba yo. — ¿Y qué parte tomaste tú en lo que se hizo entonces?, añadió el emperador. — Meramente la de un oficial subalterno montado á caballo en las filas de su regimiento. Fui testigo, pero no actor de aquella catástrofe. — Bien está, repuso Pablo, clavando en su ministro una mirada sospechosa y acusadora; has de saber que se quiere renovar hoy la revolución de 1762. — Lo sé, respondió sin turbarse el conde Pahlen, sé de qué se trata, y estoy en la conspiración. — ¿Cómo, exclamó Pablo, tú estás en la conspiración? — Sí, para estar más al corriente de todo, y poder mejor defender vuestra vida. La serenidad de aquel temible conjurado di-

sipó las sospechas de Pablo y sus conjeturas, á pesar de que continuó inquieto y agitado.

Una circunstancia que llamaremos de interés público, si es lícito calificarla así, hablando de un crimen de esta especie, se agregó á las que ya existían para desear salir cuanto antes del atentado. Hizo escribir Pablo el 23 de marzo á su ministro en Berlín, Krudener, una nota en la cual le mandaba declarar á la corte de Prusia que, si no se decidía prontamente á obrar contra la Inglaterra, iba á poner en su frontera un ejército de ochenta mil hombres. El conde Pahlen, para obligar á Krudener sin descubrirse á no dar importancia á esta declaración, añadió de su puño la postdata siguiente: *S. M. I. está hoy indispueto. Esto podría producir malas consecuencias* (1).

Era el 23 de marzo, día elegido para la ejecución de aquella trama. El conde Pahlen reunió en su casa, so pretexto de comer en su compañía, á los hermanos Soubow, á Benningsen y á muchos generales y oficiales, con los cuales creía poder contar. Dióles en abundancia todo género de vinos; pero Pahlen y Benningsen no bebieron. Levantada la mesa, se comunicó el proyecto á los conjurados, díjoles el objeto de su reunión, y la mayor parte de ellos tuvieron entonces la primera noticia de aquella horrenda trama. Se les ocultó que era menester asesinar á Pablo, pues todos hubieran retrocedido ante aquel crimen; se les dijo que era menester presentarse en el palacio del emperador y exigir de él que abdicase, con lo cual se salvaría al imperio de un peligro inminente, y se libertarían infinidad de cabezas inocentes amagadas por la sanguinaria demencia de Pablo. Por último, para acabarlos de persuadir, se les aseguró que el mismo gran duque Alejandro, convencido de la necesidad de salvar el imperio, estaba enterado del proyecto y le aprobaba. Entonces aquellos hombres, trastornados ya por la bebida, no titubearon más, y exceptuando tres ó cuatro, todos marcharon resueltos, creyendo que iban sólo á destronar á un emperador loco, mas no á derramar la sangre de su señor desventurado.

La noche iba cerrando y los conjurados en número de sesenta, poco más ó menos, se encaminaron divididos en dos partidas. Dirigía la una el conde Pahlen y el general Benningsen la otra, vestidos ambos de uniforme, ostentando su banda y su gran cordón y con espada en mano. El palacio Miguel estaba construido y custodiado á manera de una fortaleza, mas al aspecto de los dos caudillos que dirigían á los conjurados, cayeron los puentes y abriéronse las puertas. La partida de Benningsen que marchaba delante se encaminó vía recta á la habitación del emperador; el conde Pahlen quedó detrás con su reserva de conjurados. Éste, después de haber organizado aquella trama, no se resolvía sin embargo á presenciarse la ejecución, y permanecía allí solo para ocurrir á cualquier inesperado accidente. Penetró Benningsen en la misma cámara del monarca dormido, cuyo sueño custodiaban dos heidduques, quienes á fuer de leales y valientes servidores intentaron defender á su soberano. Cayó uno de ellos derribado de un sablazo y el otro huyó pidiendo á gritos socorro;

(1) Vió este pliego el general Beurnonville, embajador de Francia, el cual puso inmediatamente en noticia de su gabinete estos pormenores. (N. del A.)

clamores inútiles en un palacio cuya guardia estaba casi enteramente confiada á cómplices del crimen! Un ayuda de cámara que dormía cerca del emperador acudió al ruido y le obligaron á que abriese la puerta del cuarto de su señor. Hubiera podido el desgraciado Pablo buscar asilo en la cámara de la emperatriz, pero su recelosa desconfianza le hacía tomar todas las noches la precaución de atrancar y llenar de estorbos la puerta que con ella comunicaba. No sabiendo, pues, dónde salvarse, arrojase de la cama y se oculta entre las hojas de un biombo. Abalanzase al lecho imperial Platón Soubow y viéndole desocupado exclama con terror: «¡El emperador se ha puesto en salvo, estamos perdidos!» Pero al mismo tiempo descubre Benningsen al príncipe, se llega á él con espada en mano y presentándole el acta de abdicación, le dice: «Habéis cesado de reinar; el gran duque Alejandro es emperador. En su nombre os intimo que resignéis el imperio y firméis el acta de vuestra abdicación; sólo con esta condición respondo de vuestra vida.» La misma intimación repitió Platón Soubow, y el emperador, turbado y fuera de sí, les pregunta: «¿Qué he hecho para merecer semejante desacato?—Hace muchos años que no dejáis de perseguirnos,» exclaman los asesinos medio beodos, y acosan al infeliz Pablo, que pugna por librarse de ellos é implora en vano su clemencia. Oyése en esto un ruido confuso; eran los pasos de unos cuantos conjurados que habían quedado detrás; pero creen los asesinos que es gente que viene á socorrer al emperador y huyen atropelladamente, dejando á Benningsen solo é imperturbable delante del monarca sin permitirle moverse, amagándole con la punta de la espada al pecho. Reconociéndose los conjurados unos á otros, vuelven á entrar en la habitación teatro del crimen, rodean nuevamente al desgraciado monarca para forzarle á abdicar, intenta él un momento defenderse, y en medio de aquella pugna vuélcase la lámpara que iluminaba aquella tremenda escena; acude Benningsen precipitadamente en busca de otra, y al volver encuentra á Pablo moribundo á los golpes de dos asesinos; uno de ellos le había hundido el cráneo con el puño de su espada, el otro le había apretado el cuello con su banda.

Mientras tanto había permanecido afuera el conde Pahlen con la segunda partida de conjurados; y cuando fueron á decirle que todo estaba concluido, mandó tender sobre su lecho el cuerpo del emperador, y colocó á la puerta de su habitación una guardia de treinta hombres con orden expresa de no dejar entrar á nadie en ella, ni aun á las personas de la familia imperial. Pasó en seguida á ver al gran duque y á comunicarle el tremendo suceso de aquella noche.

Alejandro, inquieto como era natural, le pregunta al verle llegar qué es de su padre; el silencio del conde Pahlen le dió á entender en breve cuán funestas ilusiones había alimentado, creyendo que únicamente se trataba de una abdicación. Grande fué el dolor del joven príncipe, y se asegura que le quedó para tormento secreto de toda su vida, porque la naturaleza le había dotado de un corazón recto y generoso. Se arrojó en una silla deshecho en lágrimas, no quiso oír más, y prorrumpió en amargas reconvenções contra Pahlen, quien las escuchó con la más glacial indiferencia.

Platón Soubow había ido en busca del gran duque